

sin forma. Sería el eco del viento en los cipreses y en los pinos. Sería el rumor último de la campiña al entregarse en brazos de la noche. Sería el eco de la gran ciudad, de su oración, de sus lamentaciones. Pero asemejóse á un quejido de profundísimos dolores.

*Sunt lacrimae rerum...*

V

Yo, para distraerme, empecé á fingirme allá en la mente una fiesta del Anfiteatro. No era la inmensa mole

de este inmenso cadáver. Aquí se levantaba un estatuá, allá un trofeo, acullá un monolito traído del Asia ó de Egipto. El pueblo rey entraba por los vomitorios después de haberse bañado y perfumado en las inmensas termas, subiendo hasta la cima para desde allí repartirse en las respectivas gradas que de antemano le estaban señaladas. Á un lado se veía la puerta sanitaria, por donde vienen los combatientes; á otro la puerta mortuoria, por donde sacan á los muertos. Los gritos de la muchedumbre, los agudos sonidos de las trompetas, se mezclan con el aullar y rugir de las fieras. Mientras llegan los senadores y el César, algunos empleados de



Cacería á caballo

baja esfera municipal reparten entre el pueblo garbanzos tostados, que llevan, como nuestros feriantes, en esportillas. El suelo reluce con polvos de oro, de carmín, de minio, para disimular el color de la sangre, mientras templan la luz varios toldos de oriental púrpura que entonan todo el espectáculo con sus encendidos reflejos.

Los senadores van ocupando las gradas más bajas. Tras de ellos colócanse los caballeros. Más arriba los padres de familia que han dado al Imperio cierto número de hijos. En las gradas superiores el pueblo. Y por último, coronándolo todo, las matronas romanas, vestidas de ligeras gasas, cargadas de riquísimas joyas, embalsamando los aires con esencias que vierten de pomos de oro, y enardeciendo los corazones con sus palabras de amor y sus voluptuosas miradas. Mientras los espectadores aguardan al César, que debe dar la señal del comienzo de la fiesta, entrénganse á toda suerte de murmuraciones. «Mira aquel glotón. Ayer se le quema-

ron los jardines de Pompeyo, y es tan rico que no sabía fuesen suyos. Lolia Paulina lleva sobre el cuerpo, en esmeraldas, sesenta millones de sextercios, pequeña suma en comparación de las infinitas robadas por su abuelo á las opresas provincias. Aquel que acompaña siempre al César, hurtó en cierta cena de Claudio una copa de oro. Estos calaveras saludan al orador Régulo porque temen el veneno destilado de su viperina lengua. Él tiene honores, mientras generales que han vendido á los bárbaros y han muerto en defensa de Roma están, hace diez años, insepultos. El médico Eudemio llega; no tardarán ciertamente en aparecer sus pupilas de corrupción y de amancebamientos. Mira aquella niña; tiene ocho años y no es virgen. Su ilustre madre, con pertenecer á una de las familias romanas más nobles, se ha borrado de la lista de las matronas y se ha inscrito en la lista de las prostitutas.»

Pero viene el César y el pueblo lo aclama, siempre agradecido á las fiestas, y sobre todo á las matanzas. Los

de este inmenso cadáver. Aquí se levantaba un estatuá, allá un trofeo, acullá un monolito traído del Asia ó de Egipto. El pueblo rey entraba por los vomitorios después de haberse bañado y perfumado en las inmensas termas, subiendo hasta la cima para desde allí repartirse en las respectivas gradas que de antemano le estaban señaladas. Á un lado se veía la puerta sanitaria, por donde vienen los combatientes; á otro la puerta mortuoria, por donde sacan á los muertos. Los gritos de la muchedumbre, los agudos sonidos de las trompetas, se mezclan con el aullar y rugir de las fieras. Mientras llegan los senadores y el César, algunos empleados de



ron los jardines de Pompeyo, y es tan rico que no sabía fuesen suyos. Lolia Paulina lleva sobre el cuerpo, en esmeraldas, sesenta millones de sextercios, pequeña suma en comparación de las infinitas robadas por su abuelo á las opresas provincias. Aquel que acompaña siempre al César, hurtó en cierta cena de Claudio una copa de oro. Estos calaveras saludan al orador Régulo porque temen el veneno destilado de su viperina lengua. Él tiene honores, mientras generales que han vendido á los bárbaros y han muerto en defensa de Roma están, hace diez años, insepultos. El médico Eudemio llega; no tardarán ciertamente en aparecer sus pupilas de corrupción y de amancebamientos. Mira aquella niña; tiene ocho años y no es virgen. Su ilustre madre, con pertenecer á una de las familias romanas más nobles, se ha borrado de la lista de las matronas y se ha inscrito en la lista de las prostitutas.»



PIARA DE JABALÍES, POR KRÖNER